

A LA SOMBRA DE LOS POLÍTICOS

¿PUEDE UN CHISTE EVITAR LA DIMISIÓN DE UN JEFE DE ESTADO? LOS POLÍTICOS NO ESCRIBEN SUS DISCURSOS. NI FALTA QUE HACE. PARA ESO ESTÁN LOS LOGÓGRAFOS. O, LO QUE ES LO MISMO, ESCRITORES PROFESIONALES QUE EN ESPAÑA PERMANECEN EN LA OSCURIDAD. *ROLLING STONE* INVESTIGA POR QUÉ.

POR *Eva Cruz*

Primavera de 1976. Un joven redactor del diario falangista *Arriba* recibe una llamada. El Ministro Secretario General del Movimiento, Adolfo Suárez, quiere verle. El periodista se asusta: es un crío, y el ministro es un gerifalte del régimen. No se conocen de nada. Pero Suárez le necesita porque está buscando a alguien que le escriba un discurso importante. “¿Y qué digo?”, pregunta el joven redactor. Suárez le da unas líneas generales. El periodista se refugia días en su piso de La Ventilla, un barrio obrero de Madrid. Escribe el discurso, y lo entrega. Cobra por ello 70.000 pesetas.

Ésta es la historia de la redacción del discurso de defensa de la Ley de Asociaciones Políticas, el pórtico legal de la Transición. Y ese joven redactor era Fernando Ónega: “El día en que Suárez tenía que dar aquel discurso ante las Cortes franquistas, me senté delante de la tele, pensando: ‘A ver si me suena’. Y sí, me sonaba. Me emocioné. ¡Era lo que había escrito! Además fue un éxito político. Pero por lo que he leído después, ese mismo discurso fue encargado a mucha gente del equipo de Suárez. Acudió a mí al final, a la desesperada, porque no le gustaba lo que le habían preparado”.

No es común que en España un redactor de discursos políticos salga de la trastienda a la luz pública. Pero como tanto el prestigio de Ónega como la dignidad de Suárez están más allá de cualquier revelación, el próximo invierno Fernando Ónega publicará sus memorias de los dos años que escribió para Adolfo Suárez, de 1976 a 1978. La frase que da título al libro es una de las más célebres de Suárez, pero salió de la máquina de escribir de Fernando Ónega: *Puedo prometer y prometo*.

Será la primera vez que un “logógrafo” (el término que prefieren los profesionales para referirse a quien redacta los discursos de los líderes políticos) pase a la “vida civil”, como dice David Redol, miembro del Consejo Directivo de ACOP (Asociación de Comunicación Política). Porque en España hay muchos y buenos profesionales del discurso político, pero prefieren no dar su nombre: por eso este reportaje está lleno de esos latiguillos, “fuentes cercanas” y “reconocidos analistas”. Temen represalias: “Si en este país tú dices que escribes para Fulanito de Tal, te aseguro que al día siguiente no estás escribiendo para Fulanito de Tal, ni para nadie”, declara el jefe de prensa de un dirigente autonómico. “En España es algo vergonzante”, reconoce Ónega. “Los políticos tienen ese complejo, temen que la gente piense que no tienen capacidad intelectual para escribir sus propios discursos”.

Y, sin embargo, un político necesita quien le escriba los discursos, no solo porque un profesional de las palabras y la comunicación va a transmitir más eficazmente el mensaje que el político quiere enviar, sino también, sencillamente, porque tienen que dar muchísimos discursos. “Un ministro, de media, da unos cuatro o cinco discursos a la semana”, explica Cristina Marcén, que ha sido responsable de protocolo

en el gabinete de ministros como Cristina Garmendia o Mariano Fernández Bermejo (ambos de la época de Zapatero). Su gabinete le ayuda a prepararlos. Está en el talante del ministro leerlos al pie de la letra, modificarlos a su gusto, o improvisar sobre esa base. Los ministros más locuaces, como Juan Fernando López Aguilar o Ángel Gabilondo no solían leer en sus intervenciones públicas. A otro tipo de perfiles, más técnicos, como Cristina Garmendia, había que redactarle discursos que los ciudadanos pudieran comprender, porque tendía a refugiarse en la jerga. Pero en todo caso es una labor fundamental para la salud política de un país, como explica David Redol: “Como ciudadano, yo no quiero que el presidente invierta cientos de horas en escribir sus propios discursos (una tarea ardua que robaría mucho tiempo al político y que lo distraería de su misión principal: gobernar, gestionar, solucionar problemas y asumir la toma de decisiones). Las ideas y los argumentos son responsabilidad del político. La forma en la que se estructuran y cómo se plantean sobre un papel en forma de discurso público son —o deberían ser— tareas del asesor”.

DENTRO DE LA CABEZA DEL PRESIDENTE

Pero cada vez hay más curiosidad por saber cómo son las relaciones entre quienes trabajan más o menos en la sombra en la cúpula del poder. Recientemente, la revista mexicana *Sin Embargo* ha desvelado el nombre del redactor de discursos del presidente Peña Nieto: se llama Ilhuicamina Díaz Méndez, y su labor es fundamental, dadas las dificultades de expresión del atildado presidente mexicano, que acaparó titulares en la feria del libro de Guadalajara de 2011 al no ser capaz de citar correctamente, más allá de la *Biblia*, tres libros que hubieran influido en su formación.

Pero es, sobre todo, la ficción la que está dando cuenta del interés del público por la sombra que proyecta un político a su espalda. En un tiempo en que la palabra clave de las aspiraciones y las promesas políticas es “transparencia”, parece normal que la trastienda de la política sea un escenario privilegiado en el imaginario colectivo contemporáneo. Tienen éxito series de televisión como la ya clásica *El Ala Oeste de la Casa Blanca*, o, más recientemente *House of Cards*, la comedia *Veep*, o la sátira británica *The Thick of It*, base de la película *In the Loop*. Y también películas como *Los idus de marzo*. El cartel de ese film, en el que la cara del candidato, interpretado por George Clooney, se fundía con la de su asesor de campaña, Ryan Gosling, es una imagen perfecta para explicar la simbiosis a establecer entre el político y su redactor de discursos. Según Enrique Guerrero, quien fue director adjunto del gabinete del presidente Zapatero, y también ha escrito para Javier Solana, Alfredo Pérez Rubalcaba o Felipe González, “un buen redactor de discursos no piensa en sí mismo al escribirlos, sino que se ha incrustado en la mentalidad de quien lo pronuncia”.

La asesora de comunicación Charlie Fern, que escribió para George W. Bush y su esposa Laura durante casi una década lo explica, en conversación con *ROLLING*



Octubre de 2012. Barack Obama y Jon Favreau repasan un discurso en el Despacho Oval.

STONE, recurriendo al cine: "Para ser un buen *speechwriter* lo esencial es mudarte a vivir al cerebro del orador, como el personaje de John Cusack en *Cómo ser John Malkovich*". Y Redoli incide en lo mismo a partir de un ejemplo clásico: "Lisias presentó un discurso a Sócrates para que se lo aprendiera de memoria y lo pronunciara ante los jueces para su defensa. Sócrates lo leyó, y le pareció muy bien escrito y con excelentes líneas argumentales. Pero, a continuación, le dijo que él nunca lo pronunciara. ¿Por qué? Porque Sócrates no se reconocía en ese discurso, era como si le ofrecieran unos zapatos que ni eran de su talla ni eran de su gusto".

El redactor de discursos políticos no cobra por opinar, sino por atrapar la esencia del político y trasladarla a sus palabras. Esto explica por qué son cargos de tanta confianza política, por qué tienden a permanecer en la sombra, y, en el caso español, por qué está tardando tanto el oficio de logógrafo en profesionalizarse. Charlie Fern, que ahora dirige, en su Texas natal, una asesoría de comunicación, no tiene problema en contar a ROLLING STONE cómo empezó a trabajar para los Bush: "Yo escribía para la gobernadora demócrata Ann Richards, famosa por la frase, a propósito de George W. Bush, 'pobre George, él no tiene la culpa de haber nacido con una cuchara de plata en la boca'. Y cuando Ann perdió las elecciones contra él, yo, que era muy novata, seguí acudiendo a diario a mi puesto de trabajo de escritora en la oficina del gobierno porque necesitaba un empleo, sin darme cuenta de que lo normal hubiera sido irme. Pero los Bush fueron tan generosos que me mantuvieron allí. Y finalmente la jefa de prensa, Karen Hughes, me pidió que escribiera un discurso para Laura. Y así empezó todo".

La historia de Charlie demuestra la profesionalización de la labor del redactor de discursos en Estados Unidos: pueden escribir tanto para republicanos como para demócratas, cosa que no sucede en España, aunque algunas consultoras políticas de reciente creación, como MAS Consulting, dirigida por David Ureña,

ofrecen sus servicios a todo el espectro político, así como a empresas y particulares. ¿Pero la afinidad ideológica no es imprescindible para una buena relación entre el político y el responsable de su voz pública? "Yo recuerdo una discusión con el entonces gobernador Bush sobre inmigración", cuenta Charlie Fern. "Él estaba completamente a favor de proporcionar educación y sanidad a los inmigrantes ilegales. Yo, que acababa de mudarme a Texas desde California, estaba en contra. Fue un debate breve. Lo ganó él. Pero lo cierto es que terminé compartiendo su opinión sobre este tema".

Para David Redoli, "ayuda estar en sintonía con la persona para la que el logógrafo trabaja, pero un profesional tiene que hacer bien su trabajo cuando hay 'química' y cuando no la hay. Es como un compositor: si le encargan una partitura de jazz, aunque le guste más el rock, debe hacer una buena composición de jazz".

Fernando Ónega cuenta que su colaboración con Adolfo Suárez fue un éxito por tres razones: "Había compenetración ideológica, él era un magnífico actor leyendo y, además, su tono de lectura era muy parecido al mío. Cuando Calvo Sotelo pasó a ser presidente me encargó también un discurso, pero fue un desastre, porque él y yo éramos personajes muy distintos".

En efecto, por brillante que sea el discurso, si el "actor" lo "representa" mal, el mensaje se habrá perdido. Enrique Guerrero, hoy eurodiputado del PSOE, cuenta para este reportaje que "en los diarios de sesiones se pueden encontrar discursos carentes de interés al ser leídos y que, sin embargo, se recuerdan como muy buenos al ser escuchados. En mi opinión, Aznar cumplía siempre, en un rango mediano, leía con disciplina su discurso, no se salía del texto y lo hacía con ritmo monocorde, que encantaba a los suyos. Blair es un ejemplo de alguien que interpretaba con alma sus discursos, y Felipe era maestro del lenguaje corporal y de los tonos de voz".

Hoy en día, no hay quien escriba para Felipe. "Tiene vocación de director general. No me deja prepararle ni

un papel", cuenta Joaquín Tagar, su histórico jefe de prensa. "Lo lee todo, lo sabe todo. La información que le paso tiene que ser perfecta, porque seguro que él ya la ha encontrado en otra parte. Siempre improvisó mucho, pero ahora improvisa siempre. No lee jamás". En España, en todo caso, se lee en público más en la derecha que en la izquierda, como observa Enrique Guerrero. "A los líderes de izquierdas les produce pudor leer en los mítines. Pero en la derecha no hay ningún complejo en hacerlo. Y es curioso, porque los discursos de mítines que se recuerdan de Obama son todos leídos en *teleprompter*".

EL FAMOSO 'NEGRO' DE OBAMA

Ah, los discursos de Obama: he ahí el modelo en el que muchos se miran ahora. Discursos tan elocuentes, tan emocionantes, tan rebosantes de esa pasión fría que define a Obama, que se les pone música y se convierten en *hits*: "Yes, we can!". Pero el primer presidente negro de la historia de Estados Unidos también tiene su *negro*. Se llama Jon Favreau, y, a diferencia de lo que ocurre con los oscuros *negros* españoles, es una estrella. Con 27 años se convirtió en el redactor jefe de los discursos de la campaña de Obama de 2008, y en primavera de este año decidió abandonar la Casa Blanca y mudarse a Hollywood, donde planea escribir un guión basado en sus experiencias en la campaña presidencial.

Charlie Fern, colega de Favreau, observa con cierto escepticismo el meteórico ascenso de este licenciado por Harvard, quien perfeccionó sus capacidades retóricas con los jesuitas de Holy Cross College: "Tiene talento, sí, pero sobre todo es un tipo con mucha suerte, que se ha beneficiado de una extraordinaria relación con el presidente Obama, y de un excelente equipo de redactores y correctores". Pero a los medios de comunicación les encanta Favreau, al que consideran el "canalizador" de la voz de Obama, una descripción que él está lejos de contradecir: "Va a ser un reto volver a escribir con mi propia voz", ha declarado, "no sé si seré

capaz de quitarme el tono del presidente de la cabeza. Seguro que, por ahora, seguiré metiendo sus muletillas, sus 'look' (mirad), sus 'let's be clear' (seamos claros)".

EL HUMOR NO EXISTE EN ESPAÑA

En la cultura anglosajona, hablar en público es una destreza que se aprende en las escuelas. Tal vez esto explique por qué el trabajo de los redactores de discursos sea más público que en España, donde parecería que queremos creernos que entre el político y el mensaje que sale por su boca no media ningún trabajo. Como si la espontaneidad y la verdad fueran equivalentes. Pero también explica por qué el nivel de la oratoria en Estados Unidos y en el Reino Unido es más alto, en general. Y, también, por qué el humor, ese arma sutil, que mal usada puede caer como una bomba, les funciona mejor en los discursos políticos.

¿Qué líder español de primer nivel hace chistes? Los líderes británicos, en cambio, los usan a menudo. Por ejemplo, recordemos el último discurso de Tony Blair en el Congreso General del Partido Laborista en 2006. Blair había perdido el favor de gran parte de su propia gente por su giro a la derecha y por su apoyo a la guerra de Bush. Y la prensa acusaba a Cherie, su mujer, de haber llamado "mentiroso" a Gordon Brown, el ministro de finanzas, sucesor de su marido, vecino en Downing Street y archienemigo íntimo. La supervivencia de la reputación política de Blair dependía de que fuera capaz de conectar con un auditorio potencialmente hostil. Lo consiguió con un chiste con el que se metió al público en el bolsillo, por enésima vez en su carrera: "Tengo muchas cosas en la cabeza, pero al menos no me tengo que preocupar de que mi mujer vaya a fugarse con el vecino de al lado".

El autor de ese chiste es "el mejor" de los *speechwriters* de Tony Blair: Phil Collins, un ex ejecutivo de banca de inversión que ahora escribe para *The Times* y da conferencias sobre sus años con Blair. "Ese chiste, la forma en que consiguió conectar con

la gente, fue lo que mejor me salió como escritor para Blair", confesó Collins en declaraciones al *Daily Telegraph*. "Pero no es mío, me basé en un cómico muy popular. La verdad es que pensé: la mujer, el vecino de al lado... ¡Esto es un vodevil! Consulté mi cuaderno de chistes, y salió".

Tanto complace el humor al público británico que Margaret Thatcher, conocida tanto por la firmeza de sus convicciones como por su falta total de sentido del

THATCHER USÓ UN CHISTE DE MONTY PYTHON SIN SABER QUIÉNES ERAN

humor a la hora de defenderlas, hizo reír a su público en una convención del partido conservador haciendo un chiste de Monty Python en el apogeo de la popularidad del grupo de humoristas. Eso sí, tras haber preguntado a sus asesores: "¿Seguro que este tal Monty Python es uno de los nuestros?". Pero se fió de sus consejeros y pronunció, con esa solemnidad del que no entiende nada, el final del famoso *sketch* del loro muerto como pulla contra el líder laborista. Para su perplejidad, la cosa funcionó y el público rompió a reír.

El discurso político, como explica David Redoli, "es un producto artesanal", creado para un determinado contexto. Y el de la política española, ese asunto tan serio, no es dado al humor. Si acaso, el humor no intencionado, como bien sabe María Dolores de Cospedal, que tardará mucho en librarse de bromas sobre

indemnizaciones en diferido en forma de simulación. ¿Alguna vez sabremos de qué asesor lumbrera salió esa frase? Mientras los políticos hablen así, mejor será que sus logógrafos sigan siendo *negros*.

"Negro", la forma coloquial en que en España nos referimos a los escritores anónimos que redactan para otros es una palabra que los redactores de discursos quisieran borrar de la conversación pública. Una histórica asesora de prensa de la Casa del Rey es rotunda: "Los que escriben para la Casa no son *negros*, no. Son asesores profesionales de muchísimo nivel. Manejan todos los datos y escriben en función de la persona que tiene que dar el discurso. Al Rey procuran no incluirle palabras con muchas sílabas. Para el Príncipe tienen que ser muy abiertos, porque es el que más pluma mete en todos sus discursos". Normal: los miembros de la realza no tienen más oportunidad de trasladar sus mensajes que los discursos encorsetados que dan prácticamente a diario. Por eso, cuando improvisan, son noticia. Y más si piden perdón sin papeles delante, como hizo el Rey tras su viaje a Botswana. En España, una improvisación bien gestionada funciona.

Según algunos analistas, a España le quedan todavía años de maduración democrática para que los partidos políticos acepten la profesionalización de los asesores políticos. Vamos en el camino correcto, con la presencia pública de asesores y analistas de comunicación de prestigio internacional como Luis Arroyo o Antoni Gutiérrez Rubí. Tal vez, cuando los logógrafos pasen a la vida civil y los escritores en la sombra salgan a la luz, los ciudadanos podamos disponer de más información sobre cómo nos llegan los mensajes políticos. Podremos disfrutar del morbo de saber, como cuenta Phil Collins en las lucrativas conferencias que da por el mundo contando sus años con Blair, que el primer ministro le recibía en gayumbos y botas Ugg para reparar los discursos. Pero, más allá de eso, podremos comprender por qué nos dicen lo que nos dicen, y negarnos con más fuerza a que nos hablen mal, sin estilo y sin verdad. ❧

LOS LÍDERES Y SUS NEGROS

LO DIJO MARGARET THATCHER

LO ESCRIBIÓ MICHAEL DOBBS

En las elecciones de 1987, la líder, agotada y con dolor de muelas, la emprendió a bolsazos con Dobbs. Él dimitió y se dispuso a ajustar cuentas, con un bloc y una botella de vino. Tres horas después sólo había escrito dos letras: F. U. Las iniciales de la invectiva más popular de la lengua inglesa, y las de Francis Urquhart, protagonista de *House of cards*, la serie de novelas que ha dado lugar a varias series.



LO DIJO NICOLAS SARKOZY

LO ESCRIBIÓ HENRI GUAINO

Pasará a la historia por insultar a todo un continente con su "discurso de Dakar" de 2007: "África no ha entrado en la historia", le hizo decir. También ofendió a muchos profesores al inspirarle la idea de crear una "jornada conmemorativa nacional" en la que se les obligaba a leer en clase la carta de un joven soldado patriota. Cuando a Sarkozy se le iba la mano con la *grandeur*, detrás solía estar Guaino.

POCOS SON CONOCIDOS FUERA DE LOS GABINETES DE PLENIA, PERO DE SU PLUMA SALIERON FRASES PARA LA HISTORIA.

LO DIJO RICHARD NIXON

LO ESCRIBIÓ WILLIAM SAFIRE

Autor del discurso no pronunciado más famoso de la historia, *En caso de desastre lunar*, que habría leído el presidente si el Apolo 11 no hubiera vuelto de la luna. Desde 1973 hasta su muerte, en 2009, fue columnista del *New York Times*. Descubrió que Nixon también le había pinchado el teléfono a él cuando era su escriba.



LO DIJO BILL CLINTON

LO ESCRIBIÓ MICHAEL WALDMAN

Lo escribió más de 2.000 discursos entre 1995 y 1999. Pero dice que el mejor Clinton es el que improvisaba y levantaba de su asiento al público por la fuerza de su personalidad. Hoy se le puede ver en programas de debate de todos los canales de televisión. ¿Su especialidad? Los discursos presidenciales, sobre los que ha escrito varios libros.

LO DIJO RONALD REAGAN

LO ESCRIBIÓ PEGGY NOONAN

En 1983, escribió el discurso pronunciado por televisión tras la explosión del transbordador espacial Challenger, considerado uno de los diez mejores discursos políticos de la historia de EE UU: los astronautas habían "tocado la cara de Dios". También escribió, para Bush padre, la famosa frase "lean mis labios: no más impuestos", una promesa cuyo incumplimiento le costaría la reelección.



LO DIJO J. F. KENNEDY

LO ESCRIBIÓ RICHARD GOODWIN

Llamó la atención del senador Kennedy por su investigación del concurso amañado *Twenty One*. Escribió para él a partir de 1959, y llegó a ser una persona de tal confianza que se entrevistó en secreto con Che Guevara en 1961. Tras el asesinato de Robert Kennedy abandonó la política y se dedicó a escribir (para *Rolling Stone*, entre otros).



LO DIJO JOSÉ MARÍA AZNAR

LO ESCRIBIÓ CARLOS ARAGONÉS

Jefe de Gabinete desde los tiempos de Castilla y León. Discretísimo y fidelísimo. Licenciado en Filosofía y Letras, que es lo que le gusta, y en Derecho, para poder dedicarse a la política: letras y armas, como un caballero del Renacimiento. Tan en la sombra, que en 2011 fue nombrado "diputado desconocido". No fue a recoger el premio.

LO DIJO RODRÍGUEZ ZAPATERO

LO ESCRIBIÓ TORRES MORA

Hoy diputado por Málaga. Se le atribuye la construcción de la imagen de "optimista antropológico" del presidente. Sobrino de un sacerdote torturado y asesinado en la guerra civil, y nombrado beato por la Iglesia católica, fue ponente de la Ley de la Memoria Histórica. Tiene un blog sobre política muy activo.

